

# Excavaciones en Navarra

## I

### Exploración del "Castejón,, de Arguedas

En 1926 publicó el Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Navarra (1) un interesante artículo de don Jesús Etayo titulado «Vestigios de población ibero-romana cabe Arguedas» en que daba cuenta detallada de este yacimiento, refería sus antecedentes literarios y, con ayuda del señor Montoro Sagasti, reproducía los objetos más interesantes que pudo recoger en la superficie. Tales ruinas habían pasado hasta entonces inadvertidas y el Sr. Etayo planteaba con la mejor insistencia y animaba con la más acertada intuición la necesidad de su exploración arqueológica, prometiendo que acaso se hallarían bajo los restos visibles ibero-romanos otros de civilizaciones más remotas.

Uno de nosotros pudo ser testigo de las tenaces gestiones que realizó entonces D. Jesús Etayo para lograr la deseada exploración que diez y seis años después, en Diciembre pasado, por encargo de la Institución Príncipe de Viana —gestora activa y fecunda de los problemas culturales navarros— hemos realizado durante una semana de permanencia en la ribera del Ebro, cobijados por el tibio sol invernal y la cálida hospitalidad de la Diputación Foral de Navarra.

Hasta el trabajo del señor Etayo las ruinas del cerro «Castejón» (fortaleza, castillo) eran desconocidas, pero el nombre de Arguedas figuraba, con más o menos acierto, en las obras de carácter histórico o arqueológico. De tiempo medieval quedan

(1) Tomo XVII, págs. 84-90.

bastantes noticias, sin duda referentes a las fortificaciones que tuvo la población actual, pero las pertinentes a tiempos romanos son menos seguras. Masdeu (2) coloca en «**Andelona**, en Navarra» la inscripción de Sempronia (C. I. L. II n.º 2963) y anota «**Andelona** o **Andologa**, que se suele tomar por la que hoy llaman Arguedas...» noticia que pasa a Cean Bermudez y Madoz (3), quien rechazando la errónea identificación **Andelus** = Arguedas, afirma sin embargo ser Arguedas «población antigua con fortificaciones romanas» mas no cree posible decidir cuál fuera su nombre latino. Yanguas habla de un **Castejón** o **Castejón** «despoblado señorial» que no puede referirse al nuestro y acaso precise atribuir al barrio de la próxima Corella. Altadill (4) refiere la posibilidad de una vía romana por Arguedas. Etayo (5) además de la parte descriptiva de las ruinas del Castejón plantea la interrogante de localizar aquí la **Ergávica** de Ptolomeo. Por último, escritores más recientes se hacen eco del estudio del señor Etayo y aun las ruinas logran excesiva actualidad turística, incluidas en el esmerado y útil mapa Michelin.

De esta bibliografía nos interesa ahora únicamente el artículo de don Jesús Etayo en razón al descubrimiento de las ruinas y el de don Julio Altadill, a quien forzosamente, aceptándole o contradiciéndole, hay que citar al realizar trabajos arqueológicos en Navarra.

Con reserva prudente propone el Sr. Altadill el reconocimiento de una vía romana, no incluida en el Itinerario de Antonino, que partiendo de la número 34 (edición Saavedra del Itinerario) en **Summo Pyreneo** iría por Aoiz, Lumbier, Liédena, Aibar, Sada, Gallipienzo, Santacara, Valtierra, Arguedas y Tu-

(2) Historia crítica de España, Tomo VI, pág. 312. Madrid 1789 (inscr. 985).

(3) Madoz dice en su Diccionario (tomo II, 2, 1847, pág. 552) que fué reconquistada por Sancho Ramírez en 1084 y que le concedió fuero en 1092. Yanguas publica en el Diccionario (I, 51) una copia romanceada de este fuero existente en el Archivo de la Cámara de Comptos, asegurando que el original latino se hallaba en el Archivo de Arguedas (catálogo, n.º 29), y J. M. Lacarra, en "Notas para la formación de las familias de fueros de Navarra" (Aparte del Anuario de Historia del Derecho. Madrid 1933. p. 57-58) transcribe el texto latino según una copia de 1336. El fuero se fecha en Enero de 1092 "in castrum de Arguedas" y está suscrito "Regnante domino nostro Ihesu Christo sub cuius imperio ego Sancius Raimirus in castro de Arguedas et in Pampilona et in Aragón" "...Seinnor Galind Sanz in Sos et in Arguedas"; en él concede el rey a los pobladores de Arguedas "in tota Bardena de Arguedas in quantu eso accipio herbacticum, la caça et madera que tailletis a uestros obos, et leyg(n)a et carbon et herbas ad nuestros ganatos et que possitis escaliare in predicta Bardena ubi uobis placuerit in heremis..." "...La distinción de omicidia si euenerint intus de muro", supone que a fines del siglo XI la población de Arguedas tenía cerca murada.

(4) Vías y vestigios romanos en Navarra, en "Homenaje a D. Carmelo de Echegaray", 1928.

(5) "Vestigios de población ibero-romana cabe Arguedas". Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Navarra, 1926.

del a Cascante, a enlazar con la de **Ilerda a Legio VII gemina** por el Ebro número I del Itinerario. Las profusas noticias (6) que le conducen a esta hipótesis, planteadas sobre el mapa de Navarra y prudentemente valoradas en situación y cuantía, hacen apreciar una mayor densidad de restos en las proximidades de Sangüesa con ciudades romanas en Sos y acaso Lumbier, restos de fortificación importante en Olite, gran profusión de lápidas y miliarios en las cercanías de Santacara y reconocer restos dudosos en Valtierra y Arguedas y hasta hoy poco seguros en Tudela. Sobre estas bases no es demasiado convincente la hipótesis de una vía desde Summo Pyreneo a Cascante, cuya primera mitad, hasta la zona de Sangüesa, tiene tan débiles bases objetivas; los restos de la zona de Sangüesa no marcan con precisión una enfilada, ni tampoco los miliarios de Santacara, que pudieran corresponder a una vía de otra dirección, y por último, su unión con las de Valtierra, Arguedas y Tudela, es decir de la margen izquierda del Ebro, se halla obstaculizada en un tramo de 20 Km. por el desierto de las Bardenas Reales, llanura hoy como entonces inhabitable por absoluta carencia de agua. No se adivina qué razón estratégica pudiera aconsejar en el siglo I de J. S. ese trazado Santacara-Tudela, aún hoy cuidadosamente evitado, cuando aún aceptando la hipótesis de un camino NE-SO por Santacara a unir con la vía de la orilla derecha del Ebro sería más propicio por la cuenca del Aragón, como pa-

(6) Aquellas que tienen carácter objetivo y con reservas cotizables a estos fines, aunque necesiten, con la visión directa de las ruinas que no hemos podido realizar, más severa crítica, son las siguientes: Restos de puentes que supone romanos es Aoiz y dos kilómetros al Sur de Burguete; restos indudables de construcciones romanas en Lumbier, Liédena, Rocaforte y Eslava; hallazgos mobiliarios romanos, más no de ruinas, en Sangüesa, el próximo despoblado de San Olalla, en Sada y Gallipienzo (donde queda el despoblado de Santa Cilla, de expresivo nombre); miliario de Maximiliano, del año 238, hallado en Fuente de los Moros en Gallipienzo y hoy en el Museo de Pamplona, los seis del valle le Aibar publicados por Hübner (números 4904-4909) de los años 14 a 282, el de Eslava publicado por el Padre Escalada; fragmentos de uno inexpresivo hallado por el Sr. Castrillo en Gallipienzo; trozos de otro también inexpresivo y unas ruinas, acaso romanas, en Pitillas; las interesantes lápidas de Santa Cara, los miliarios números 4306 y 4906, el primero del año 134, el 2.º del 14 al 15 de J. C. que señalan 1, 2 y 3 millas a Cara (o Kara, como parece deducirse de la estela publicada en el B. de la C. P. de M. de Navarra. Tomo IV. pág. 108, nombre de raíz céltica como Car-castillo y Car-car según el informe del P. Fita de 14 Junio 1907 publicado en el B. R. A. H.); los restos de Arguedas; el hallazgo de monedas en Tudela, el de algunos objetos romanos en su término Mosquera, la noticia de que su puente era "de mucha antigüedad" en 1271 y de que en el siglo XIX se veían en Trasdepuente tramos de calzada; y el hallazgo de monedas en Murchante.

No resulta prudente cotizar la identidad de cañada de ganados y calzada. En la "cerrada de Francisquete" en Sada, parece que con restos indudablemente romanos aparecen otros muy anteriores, la "Torraza" de Valtierra quizá es resto medieval y a los restos romanos del actual pueblo de Arguedas, citados por Masdeu, no se les puede conceder demasiada seguridad ya que no existen hoy y no fueron vistos por él. En cambio a esta relación hay que sumar los muy importantes de una ciudad en término de Sos y en parte descubiertos por las obras del canal de las Bardenas ya citadas por el P. Escalada y bien dignas de detenido estudio.

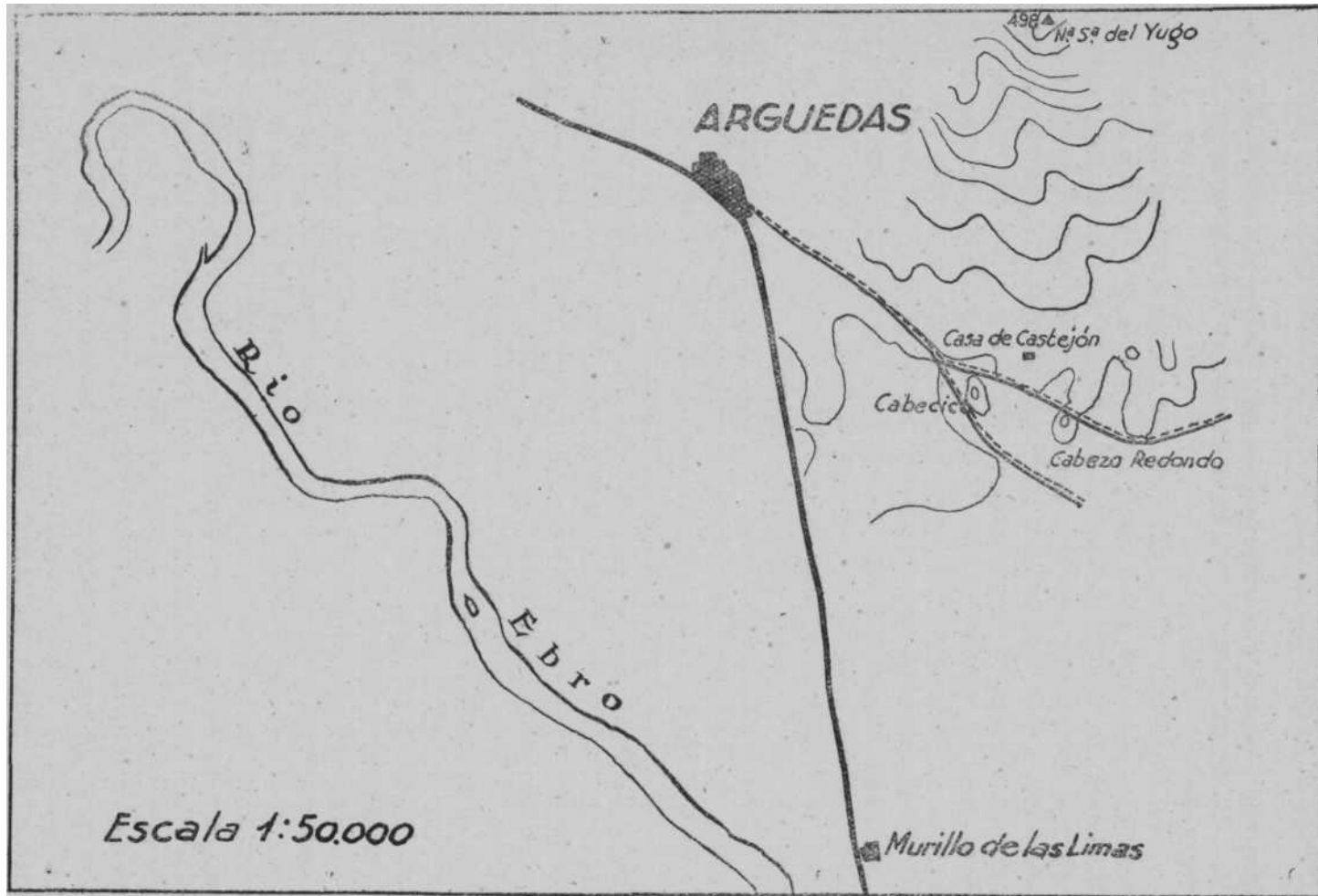
recen predecirlo los más abundantes restos romanos en el curso bajo de este río que va en busca de la ribereña Gracurris (Alfaro), de cuyas ruinas hemos podido ocuparnos no hace mucho tiempo (7).

Con esta detenida exposición tratamos de alejar de las ruinas del Castejón de Arguedas el supuesto de ser mansión en un camino, que nada acredita por este tramo de la izquierda del Ebro, camino que forzaría a situar en Tudela el paso del río para unir con la vía de su margen derecha, pero del que no queda referencia alguna atendible. Debemos pues limitarnos al estudio de las ruinas mismas, bien modestas, además, y no preocuparnos por ahora en atribuirles a ciudades de nombre histórico.

En el término de Arguedas, 2.800 m. al S. E. del pueblo, está la corraliza de Castejón (Fig. I) propiedad del ingeniero don Julio Garbayo, que desde hace ya bastantes años no sólo autoriza sino que favorece cuantos intentos de exploración arqueológica vienen acometiéndose en tal yacimiento. Los que, desde la publicación de D. Jesús Etayo, visitamos este tramo de las Bardenas Reales hemos hallado siempre en el Sr. Garbayo amistosa acogida y decidida colaboración.

La corraliza, edificada en 1885, unos centenares de metros al N. E. del Castejón, toma nombre del cerro donde afloran las ruinas, última estribación del rizado paisaje de las Bardenas que domina la llanura del Ebro. Del cerro Castejón a la carretera de Pamplona median dos kilómetros escasos de llanura polvorienta y tres más a la orilla del cauce normal de las aguas del río, llanura que por la margen opuesta se prolonga nuevos kilómetros ocupados a lo largo del curso por Calahorra, Rincón de Soto, Alfaro y Tudela. El alveo del Ebro, poco profundo, se desborda a veces inundando el llano hasta alcanzar casi el pie mismo de las ruinas y en estos días invernales, la carretera y las sendas de estas tierras más llanas de la ribera, se ven desde la cumbre del Castejón como un cauce por donde discurren interminables hiladas de carros de laboriosos labriegos, pero en los días de crecida del río, cuando las aguas cubren las huertas ri-

(7) BLAS TAR ACENA: **Restos romanos en la Rioja** (Archivo español de Arqueología, número 46



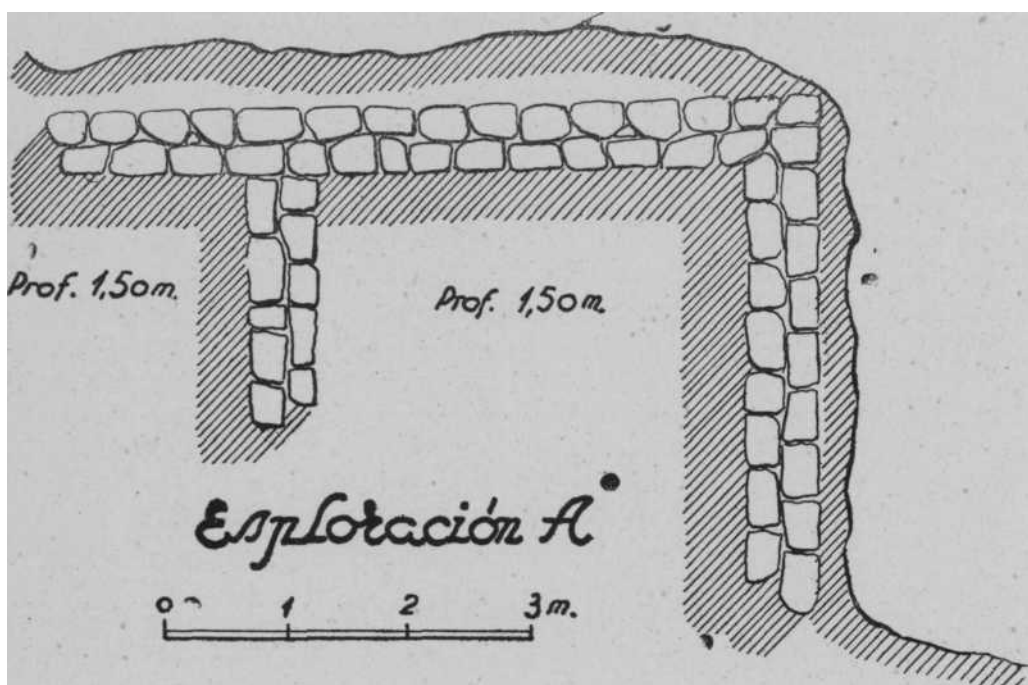
bereñas y estas primeras llanuras esteparias, la cumbre del Castejón debe parecer el puente de mando de un navio sobre la inmensidad del mar.

La imponente avalancha de las aguas también impresionó hace dos mil años a los geógrafos clásicos y Estrabón tomó de Posidonio la noticia de que el Ebro, aún sin deshielos, cuando por muchos días soplaban viento Norte, que desbordada sin duda «la laguna por donde pasa el río», inundaba largo trecho los campos de algunos tramos de su recorrido. Posidonio visitó España mas no debió subir el curso alto del Ebro y aceptó como laguna el estrangulamiento de las «conchas de Haro» y exagerando su importancia, explicó con error las crecidas de sus riberas navarra y aragonesa, que son obra del cierzo sobre las lejanas cumbres nevadas. El circius, el duro viento Norte, entonces tan cruel como hoy, aquí da nombre, desde remota fecha, a los montes que separan Corella de Tudela.

El cerro Castejón (Láms. I núms. 1, 3, 5 y 6) se yergue sobre la llanura con 303 metros de cota máxima. Es un montecillo que mide 480 metros de perímetro y menos de dos hectáreas de superficie que, en perfil, forma dos terrazas superpuestas de violenta pendiente en el primer escalón. Quizás mucho antes de estar habitado, la terraza superior que hoy por el Sur queda a plomo sobre la llanura ocuparía lugar central, pero la acción milenaria de las aguas ha ido arrastrando sus arcillas y produciendo a lo largo del valle del río ese escalón vertical, cada vez más pronunciado. Restos de vasos de diversas técnicas antiguas afloran entre los tomillares y el fino pasto que le cubren y algunas líneas de mampuestos acusan hacia la periferia la presencia de muros soterrados.

Nuestra exploración tuvo por primer objetivo esclarecer si existieron fortificaciones, y para ello cruzamos largas zanjas en toda la altura del primer escalón y otras siguiendo el hilo de las crestas de muros que se adivinaban en la primera terraza, lugares adecuados para posar murallas, pero demostraron que el poblado no tuvo defensas y que su emplazamiento en altura no obedeció a razones de estrategia defensiva, sino a un más cómodo vivir, atalayando los campos de cultivo y fuera de la polvorienta llanura amenazada de inundación. Los cortes en las vertientes N. y E. llegaron hasta la roca sin encontrar fundamentos de muro y las zanjas horizontales en la alta y media la-

dera del Poniente descubrieron en cambio muros de manipostería asentados con barro, gruesos de 60 cms. los más y algunos, de contención, hasta 80 cms., correspondientes a habitaciones rectangulares de viviendas pobres. Excavamos por completo una de ellas (Lám. I, 2) que estuvo revestida de estuco rojo y pardo, a juzgar por los restos, y medía 3'50 por 3'40 metros (Fig. 2) hasta llegar, a los 1'50 metros de la superficie actual, al suelo natural sin encontrar pavimento antiguo, que



(Fig. 2)

debió ser terrizo, y hallando una gruesa capa de incendio y en ella tiestos de técnicas ibérica y romana que luego describiremos, un mediano bronce senatorial de Tiberio, una hoja de cuchillo de hierro y un sólo fragmento de teja plana romana, posiblemente rodada desde tierras más altas y ninguno de **imbrices**. Alguna otra habitación semejante había sido antes descubierta en el lado oriental, donde tampoco se ven restos de tejas, y las otras zanjas a lo largo de los muros acusaban el mismo tipo de construcción, los restos de incendio y carencia de tejas, demos-

trando por tanto que el poblado no tuvo fortificaciones y las cubiertas de las viviendas debieron ser de ramaje.

Pero en la cota más alta del cerro, en la cumbre de la segunda terraza, se acusan las lomerías de escombros de una construcción rectangular que por su emplazamiento pudiera parecer una torre, como en la coetánea y próxima población de **Contrebia Leukade**, que hace pocos años excavamos junto a Aguilar de Inestrillas, en el curso del Alhama. En ella también hicimos unas zanjas transversales cortando los rizamientos que parecían de muros, sin hallar resto alguno de mampuestos, sino escombros terrizos, como si los revestidos de piedra, caso que los tuviese, hubieran desaparecido aprovechados en otra obra, pero demostrando en todo caso, por ser muros terrizos o de escasa cantidad de piedra, que la obra no pudo ser fortificación sino vivienda.

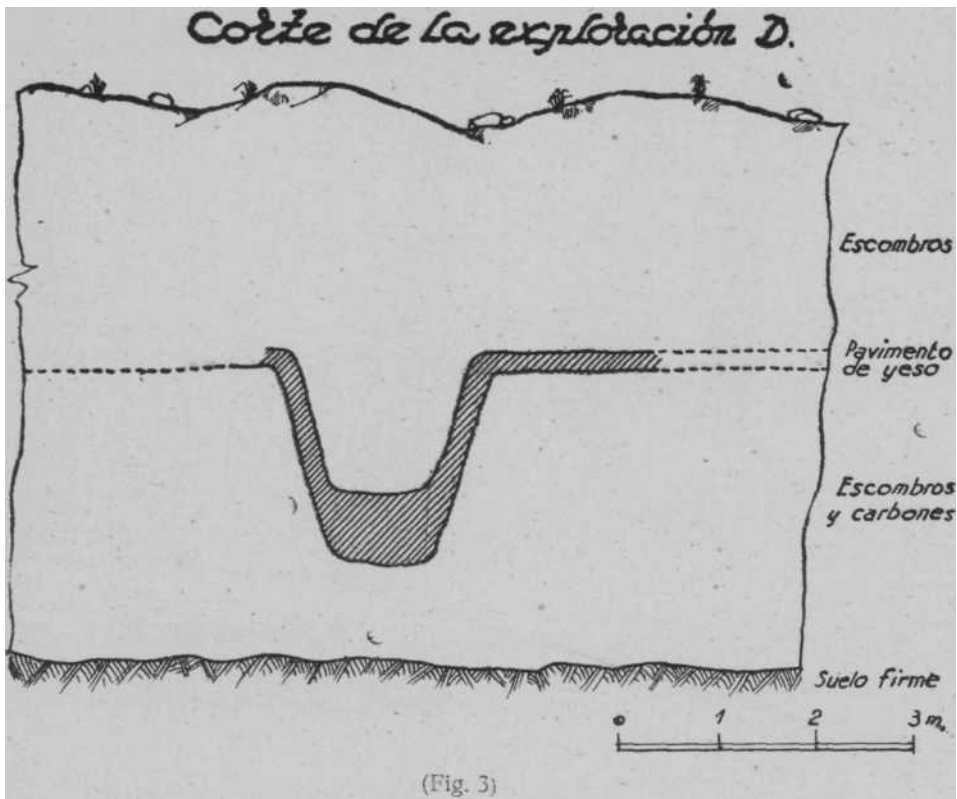
En las construcciones del tramo de la cumbre que envuelven esa más amplia habitación rectangular pudimos apreciar, por bajo de lo que debió ser línea de cimientos, las huellas de un fuerte incendio con capa de cenizas de más de un metro de espesor y en el interior de aquélla un curioso resto constructivo (Fig. 3). A 50 cm. de profundidad de la superficie actual hallamos la huella de un delgado pavimento de yeso (tan abundante en la estructura de este cerro) en el que se abría, a modo de artesón, una pequeña fosa en tronco de pirámide invertida de 52 cm. de profundidad, 70 de anchura por arriba y quizá 90 centímetros de longitud, pues tenía desmoronada su cara anterior, es decir, un recipiente hecho en profundidad con paredes revestidas, como el suelo de la habitación, con capa de yeso de 3 cm. de espesor y el piso con otra más gruesa, hasta 20 cm. en algún punto. Este tipo de recipiente es absolutamente semejante en material y disposición a los que hallamos en la citada **Contrebia Leukade** (8) y a los encontrados recientemente en Azaila por D. Juan Cabré y todavía inéditos. Su destino no le aclaran las actuales costumbres campesinas y el Laboratorio de la Escuela Agronómica de Pamplona, mediante el análisis de la capa superficial, ha podido determinar que no se trataba de depósitos para industria vinaria.

Al excavar hasta ese pavimento de yeso encontramos un fragmento de piedra volandera de molino de mano circular y

(8) TARACE NA. Restos romanos en la Rioja. Archivo Español de Arqueología, núm. 46, 1912.



tiestos cerámicos medievales, romanos y de técnica ibérica que también referiremos, pero pudimos apreciar lo que ya sospechábamos por ciertos fragmentos aflorados, que en algún tramo y



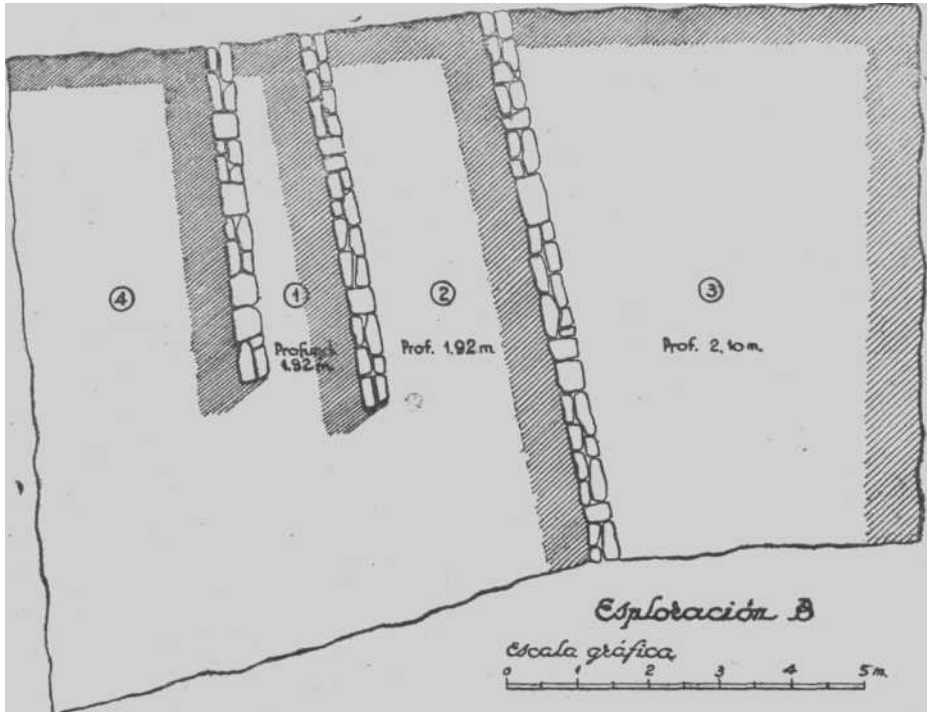
por bajo del pavimento de yeso aparecía otro nivel con tierra quemada cenizas y algunos tiestos de cerámica morena es de cir, un estrato anterromano y también anterior a la segunda Edad del Hierro, que podría compensar del escaso interés que ofrecían los restos de superficie.

Ello nos animó a practicar con mayor amplitud otras catas que ya habíamos comenzado en terreno más despejado de la primera terraza del cerro.

La primera de estas exploraciones (Fig. 4) alcanzó unos

100 m en cata rectangular de 12,5.8m. y bajo débil capa tierra vegetal como de 10 cm. de gruesa, aparecieron tres hilos de muros paralelos de mampostería a canto seco, sin cimiento,

de como 20 cms, de altura, después una capa de escombros con ceniza y carbones de unos 30 cm. de gruesa que descansaba en un suelo de arcilla prensada de 2 a 5 cm. de espesor y que en los

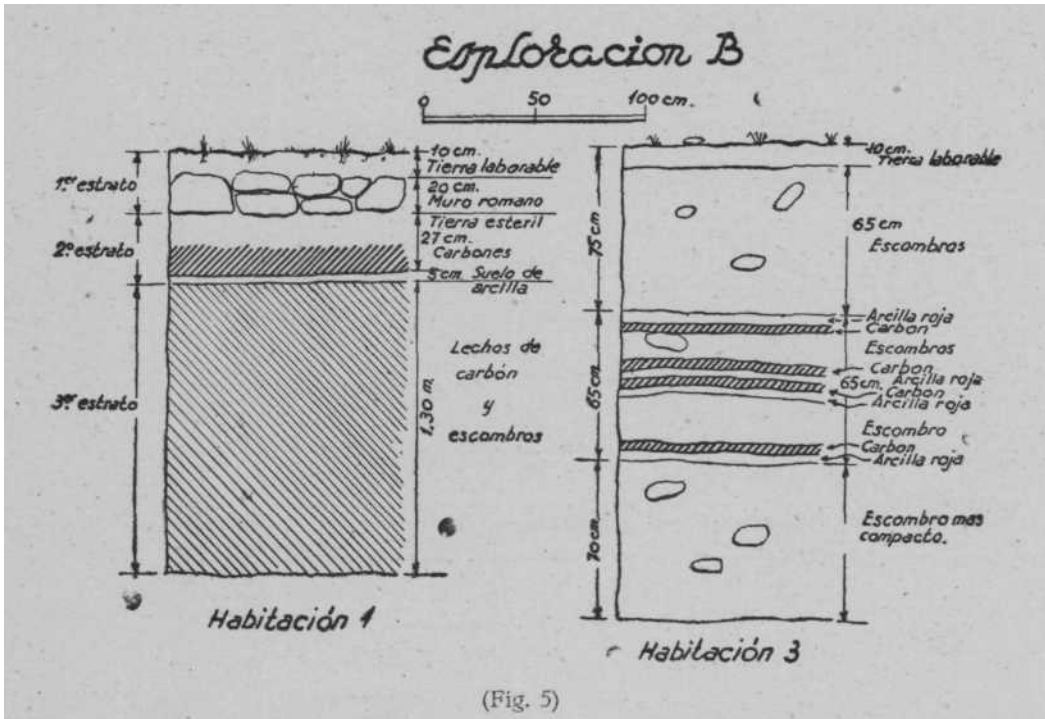


(Fig- 4)

pedazos más gruesos acusa un amasado, hasta 10 capas, de dos clases de tierra, una gris cenicienta, quizá de los mismos lechos de incendios anteriores y otra, rojo amarillenta, de las orillas del cerro. (Figs. 5 y 6).

Muy poca piedra encontramos en esta primera excavación (como si los muros de mampuestos hubieran sido despojados para otros fines), que manifestaba dos distintos estratos, uno superficial, al que corresponden los edificios de piedra, cuya cerámica por remoción milenaria no podemos aceptar bien estratificada y donde recogimos tuestos ordinarios romanos, algún fragmento de terra sigillata, otros de técnica ibérica y sin adorno, es decir, rojos, torneados y gruesos, que corresponden a indí-

genas romanizados, y otro inferior, que descansa sobre el suelo de arcilla prensada, de población destruida por un incendio, de la que en estos 100 m<sup>2</sup> no hallamos muro alguno, pero si abundante cerámica morena y cordonada, hecha a mano, morena lisa y, reunidos inmediatamente encima del suelo, cuatro molinos

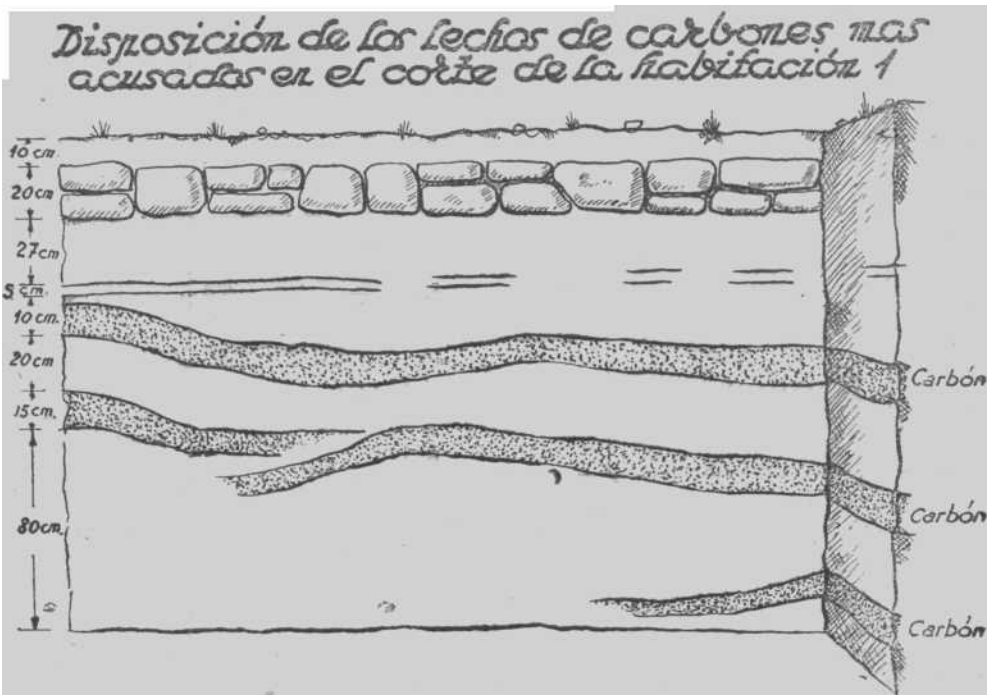


(Fig. 5)

de mano amigdaloides de diversos tamaños y rotas tanto la piedra solera como la volandera.

En una ampliación meridional del corte, descansando también directamente sobre el suelo terrizo, había en pie y rota una tinaja de barro rojo torneado que aún estaba sostenida y completa en 68 cms. de altura, situación expresiva de que el escombros del derrumbramiento de las viviendas del segundo estrato la había enterrado y protegido dejando al descubierto sólo un tramo de su parte alta que en el correr de los siglos fué desapareciendo, pero demostrando además que la construcción superior de mampostería no alcanzó hasta allí, pues tales edificaciones no estarían compactas sino espaciadas. Contra lo que podía esperarse no guardaba al interior los fragmentos caídos de la boca,

pues sólo hallamos en el fondo trozos de su tapadera de yeso revueltos con tierra roja, cenizas y carbones, en lecho de 38 cm. de altura, es decir, el de escombros del incendio que destruyó la vivienda que al derrumbarse rompió la frágil tapa; encima tenía una capa de arcilla roja de 8 cm. de gruesa y todavía por cima otra de 22 cm, en que había tierra mezclada con carbón, quizá de hogar circunstancial de pastores o de los habitantes del poblado superior, después de internada en los escombros y sin aca-



(Fig. 6)

bar de cegar; el no aparecer dentro ni junto a ella los fragmentos de su boca demuestra que ésta, a la intemperie mucho tiempo, ha sido paulatinamente arrancada y dispersa. Su técnica y perfil son conocidos por los de Numancia del siglo II antes de J. C. y de Azaila y **Contrebia Leukade** del I, es decir, como tipo indígena romanizado y al hallarse en el segundo estrato del Castejón, con barro ordinarios cordonados, podría indicar la gran supervivencia de una cultura indígena arcaica que alcanza casi al momento de la conquista romana, a no ser que se trate del

ajuar de una construcción subterránea poco profunda, al modo de las cuevas numantinas.

Muy por bajo del suelo de arcilla prensada aún apareció un tercer estrato más grueso que los anteriores, de 1,10 a 1,20 m. de espesor, que llega hasta 1,80 y 1,90 m. de profundidad total y en el que había varios lechos de carbón superpuestos y con ajuar tan uniforme que no se pueden pensar de diversas épocas, sino superposición de la caída de materiales leñosos incendiados de la misma cabaña.

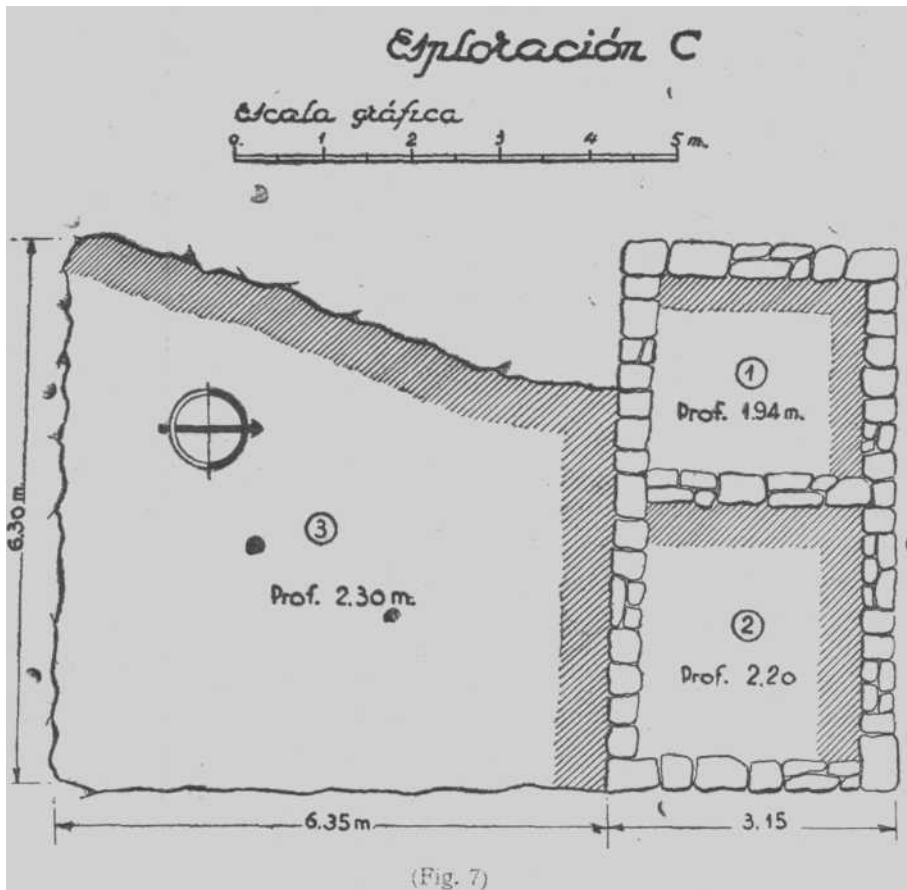
Este descansa ya sobre el suelo firme yesífero, también carece de muros de manipostería (al menos en la superficie excavada) y en cambio permite adivinar en su construcción el empleo exclusivo de adobes, es decir, ladrillos mal cocidos de 17 cm. de anchura, 8 de grueso y al menos 30 de longitud, de los que ninguno completo pudimos conseguir, muros de adobes trabados y sostenidos con estacas de olmo de que hallamos dos trozos, uno todavía hincado verticalmente en el suelo. La disposición de los escombros y lechos de carbón no parece dar la característica forma cóncava de fondo de cabaña, sino más bien de choza rectangular de material terrizo, sin solería y con techumbre de ramas.

En esta tercera capa aparecieron en abundancia tiestos de vasos negros de pasta carbonosa y superficie pulimentada, algunos cordonados o festonados, platos hondos con asa de mamelón perforado, muchos huesos de animales, principalmente de ganado vacuno, almejas de río, alguna cuerna de ciervo, piedras de río de caprichosas formas laminadas que aún usan los pastores a modo de castañuelas, algunas pequeñas bolas labradas en piedra arenisca, rodillos amasados en barro a modo de manos de mortero y dos diminutos trozos de bronce, uno de barrilla cilíndrica como de gruesa aguja y otro de resorte de fíbula, pero ningún otro resto metálico ni otras piezas significadas que la cerámica.

Al mismo tiempo que realizábamos esta exploración también hicimos otra en la primera terraza y hacia el NO. en el pequeño espolón que forman la vertiente N. y la vaguada occidental, en superficie rectangular de 6,30 x 9,50 m. y cubriendo algo más de 50 m<sup>2</sup>. donde se adivinaban unas líneas de muros romanos (Fig. 7). El resultado fué sensiblemente el mismo en los tres departamentos y semejante al obtenido en la exploración B.

Los muros de pobre manipostería de esas míseras viviendas

de tiempo imperial carecían de cimientos a excepción del medianil de las 1 y 2 con la 3; tampoco hallamos restos de cubiertas de tejas, ni de la solería que debió ser terriza y los hallazgos de superficie, es decir los correspondientes a las habitaciones a que



pertenecían esos muros, consistieron en un trozo de la piedra volandera de un molino de mano circular, en una moneda frusta de bronce, imperial, una fíbula provincial romana también de bronce y una hebilla circular con los extremos doblados en botones y aguja diametral, tipo indígena que siempre aparece en los lugares romanizados y con ellos un vasito de barro en doble tronco de cono y con dos asas, lleno de restos de mármol pulverizado, algún fragmento de **terra sigillata** y vasos de técnica ibérica, pero también de fecha romana.

Nada apreciable separaba del segundo estrato este primero que llegaría hasta el suelo de las habitaciones romanas, es decir hasta unos 40 cm. de la superficie actual, pero que por desaparición de aquel no se puede diferenciar. El segundo estrato comprendía la capa de carbones de un incendio y llegaba en las respectivas habitaciones hasta 95, 125 y 130 cms. de la superficie (Fig. 8), formado por un lecho inferior de carbón y ceniza de 25 y hasta 50 cms. de espesor y sobre él una zona de escombros más o menos espesa en que había muy pocas piedras. En este segundo estrato aparecieron en gran cantidad huesos de animales, principalmente de corderos y vacas, bastante cerámica roja ibero-romana y con ellos una pequeña cantidad, como una centésima parte de la roja, de tiestos de vasos negros de barro ordinario.

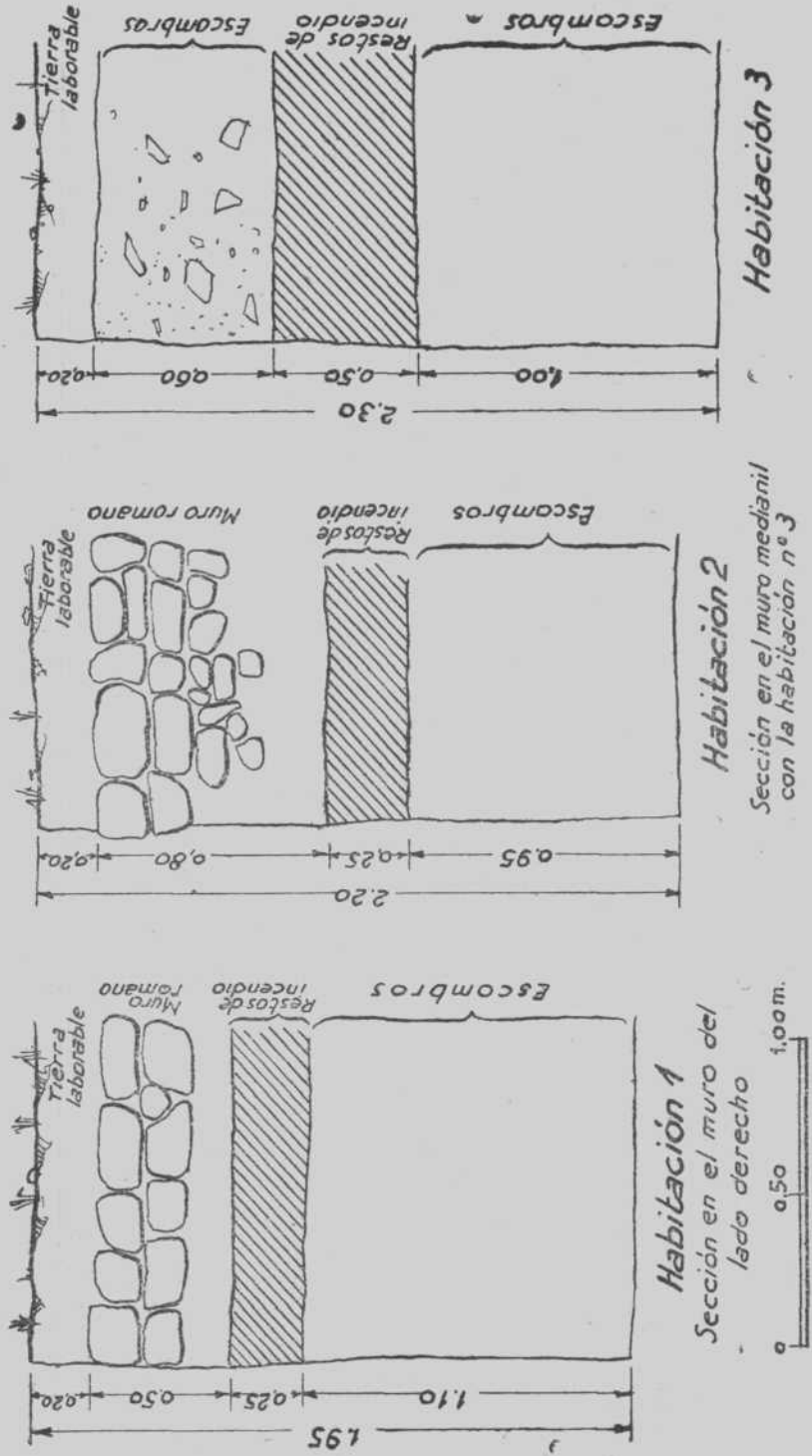
Aquí no tuvimos la fortuna de hallar, como en la exploración B, restos de un suelo que separase el segundo del tercer estrato, pero sí se apreciaba la terminación de la capa intensa de carbón y su cambio por otra de escombros y tierra suelta muy mezclada con pequeños restos de incendio que alcanzaba hasta el terreno virgen y donde también aparecieron muy abundantes huesos de animales y tiestos de vasos de barro negro pulimentado y alguna pequeña bola labrada en piedra, pareciendo confirmar el juicio estratigráfico que veníamos haciendo en la exploración B.

Los contados días dedicados a estos trabajos no consintieron una más apurada observación del terreno, pero el estudio de los hallazgos viene a confirmar la sucesión de etapas que venimos señalando.

Al poblado romano de Arguedas le cuadraría mejor el dictado de hispano-romano. A no ser por algunos tiestos de **terra sigillata** y huellas de un cierto lujo doméstico que los vascones independientes desconocían, podrían creerse estas ruinas las de una aldea de la 2.<sup>a</sup> Edad del Hierro. En sus dos hectáreas de superficie sólo por excepción puede recogerse algún pedazo de teja romana y en cambio afloran con relativa abundancia los tiestos de vasos rojos de técnica indígena y época imperial.

Esta aldea no tuvo fortificación, sin duda por su escasa importancia más que por estar construida en los siglos de paz imperial y en la superficie no se adivina la distribución urbana que nuestras rápidas calicatas tampoco descubrieron aun cuando

# Explotación C



(Fig. 8)



fueron en número y extensión suficientes para haber encontrado alguna calle, lo que afianza más la sospecha de una distribución anárquica como de aldea indígena. Por materiales de construcción emplearon el sillarejo tabular del país o buena manipostería de 60 cm. de espesor hecha con barro, las cubiertas serían de ramaje al modo indígena y sólo confirman su fecha romana el trazado regular de las habitaciones y los restos de estuco de color rojo o pardo oscuro que pudimos recoger. Pero ni las casas nos atraieron por adivinar en ellas una planta definida ni el conjunto urbano por la sospecha de un trazado regular.

Los hallazgos de este primer estrato (lám. II) son escasos y definen bien su pobreza. La tapa tronco-cónica y con agujero anillado en el vértice, corresponde a una tinaja de barro indígena y perfil bien conocido desde el siglo II a. de J. C., que pasa a tiempo imperial, los dos vasos lisos de barro rojo y técnica **sigillata**, por lo menos deben corresponder al siglo I de J. C.; la olla ordinaria de barro negro con huellas profundas de torno, es bien frecuente en el mundo imperial; el **pondus** de barro es una pesa de telar del tipo indígena que pasa también a los medios rurales del Imperio; y el vaso bicónico con dos asas es de barro fino sin barniz, romano, igual a los muchísimos ejemplares hallados en la tercera ciudad de Numancia. Muchos tiestos de barro rojo de técnica indígena, alguno pintado con sencillos adornos de círculos concéntricos en negro, fragmentos de terra sigillata con relieves de arte indígena que la datan como del siglo II de J. C. una hebilla circular de bronce con los cabos doblados hacia afuera acabados en botones, tipo que nace al final de la 2.<sup>a</sup> Edad del Hierro y pasa al mundo imperial, una fíbula de bronce del conocido tipo provincial romano y 3 monedas de Tiberio, en suma, el pobre conjunto encontrado, está en perfecta correlación con la mísera arquitectura descubierta y es claramente expresivo de una aldea en que vivieron humildes campesinos hispanos dentro del orden imperial de los siglos I al III de J. C.

Pronto hubiéramos abandonado el Cabezo de Arguedas si la costumbre de explorar siempre en profundidad hasta el suelo firme no hubiera delatado estratos inferiores.

El poblado prerromano de la segunda capa fué también una aldea sin fortificaciones y de superficie menor de 2 hectáreas. Las zanjas exploratorias, como de 150 m<sup>2</sup> y de ejes suficientes para encontrar muros de piedra si hubieran existido, demostra-

ron que formaban el poblado cabañas de ramaje y barro, soladas de barro apisonado y construidas con material terrizo. La edificación se hacía con pies derechos de madera, al parecer de olmo, de que aun hemos hallado algún resto en posición vertical, revestidos de barro sin decorar (a diferencia de los de San Cristóbal de Mazaleón) y probablemente sin viguería horizontal revestida, que sólo conocemos en casas mucho más modernas como las de Segontia-Lanka. A este poblado correspondían los molinos de mano amigdaloides (algunos ya de tipo tan evolucionado como los de Mazaleón) de que hemos hallado varios ejemplares.

El poblado del tercer estrato, cuya capa de escombros alcanza en una de las exploraciones desde 1'20 a 2'20 metros y en otra desde 0'75 a 2'10 metros, ha sido más fructífero en hallazgos. Allí se ha encontrado casi toda la cerámica que reproducimos (Lám. III a VI) mas infinidad de tiestos de imposible reconstrucción y con ella huesos de ganado (vacas, ovejas, ciervos y algo de cerdo o jabalí) almejas de río, instrumentos de hueso y asta, bolas de piedra, pequeñas piedras de afilar, el remate de un mazo de barro cuyo uso desconocemos y un trocito de vástago de bronce correspondiente a una aguja no muy gruesa (Lám. 7). Sus construcciones fueron también de madera y barro, causante de su espeso lecho.

Los objetos hallados en los estratos 2 y 3 no fueron numerosos ni ricos, pero compensan con su interés científico cuanto les falta de calidad y belleza. Casi exclusivamente cerámicos, en atención a poder publicarles del modo más expresivo hubimos de proceder a restaurar completamente piezas a las que faltan muchos pedazos (Lám. VI), pero que conservan los suficientes para guiar con toda seguridad la reconstrucción de su forma.

Los estratos 2 y 3 deben corresponder a tiempos muy próximos, pues técnicas del barro, calidades y perfiles, a juzgar por los tiestos, son los mismos. Al segundo corresponde el vaso número A de la lámina IV y al tercero la restante cerámica que publicamos (Láms. III a VI), así como los objetos que se reproducen en la lámina VII.

Toda la cerámica de ambas capas, hecha sin torno y cocida en fuego reductor, corresponde a dos técnicas bien diferenciadas. La de paredes gruesas y pasta ordinaria se aplica por lo general a vasos grandes, superiores a 40 cms. de altura, decora-

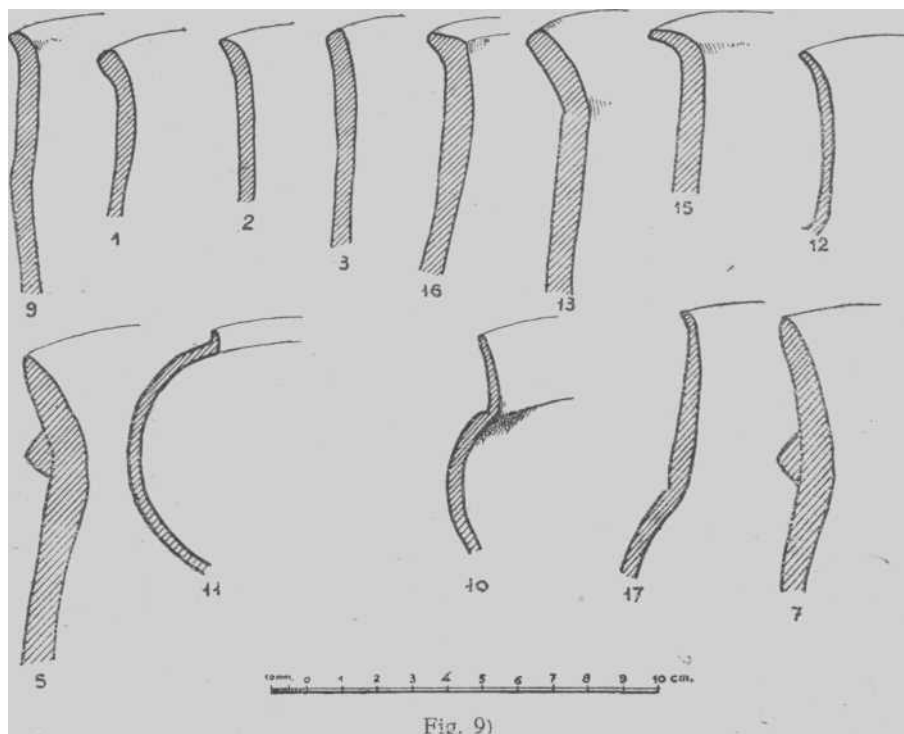
dos por cordones relevados que mediante huellas digitales pretenden dar la impresión de las cuerdas que un tiempo sirvieron para suspender odres y vasos cerámicos, o que tienen el borde de la boca rizado por las mismas huellas, o que van pobremente adornados con botones o pellizcos de barro aplicados (Láms. IV y V). La otra, de paredes delgadas y pasta menos ordinaria, se emplea en vasos de pequeño tamaño, de superficie pulida y por lo general grafitada y sus productos carecen por completo de ornamentación. En los contados casos que vasos pequeños tienen ese mínimo decorado de botones de barro aplicados (Lám. VII) es porque corresponden a la primera técnica, mostrando una vez más la incompatibilidad entre la superficie pulimentada y el decorado de aplicación.

Los perfiles son bastante variados, ollas, platos hondos, platos con pié incipiente, escudillas, tapaderas y tazas y tienen por característica el cuello cilíndrico no muy alto, sin doblez hacía fuera o con doblez incipiente y el cuerpo de forma esférica más o menos aplastada o de tendencia puntiaguda en la base, forma de cuello que más parece degeneración de perfiles más altos qua iniciación de una tendencia a elevarles y galbo que no es exclusivo de la cerámica fina pues se repite en la cordonada como puede apreciarse comparando el vaso n.º 1 de la lám, VI con el B. de la lám. IV. Los asideros son de mamelón perforado o de asa exenta y aún juntos se ven en una misma pieza como la escudilla de la lám. III.

La decoración de botones de barro aparece con bastante frecuencia en el Neo-eneolítico, (Cueva de Puig Eusevic. Coya Fredda de Montserrat, cueva de Juan d'Os de Tartareu, los Millares, etc., se hallan también en el Hallstatt, como en la Necrópolis de Anglés (Gerona) y la de cordones en relieve con huellas digitales, cuyo origen en la cultura de las cuevas neolíticas o su importación centroeuropea es discutida, la encontramos en todo el Hallstatt español. Pero ninguna de ellas presta personalidad al poblado de Arguedas, que si la tiene es por carecer de la ornamentación incisa a la punta roma, que en otros yacimientos suele acompañar a sus perfiles más definidos, y por las formas de los vasos.

La escudilla honda, aunque no muy frecuente, se encuentra en diversos conjuntos hallstáticos como en Las Valletas de Sena; el vaso de cuerpo ligeramente carenado y base puntiaguda

es el más común en el Hallstatt español (Las Valletas, Cueva de Janet en Tivissa, etc.), pero al de cuello cilíndrico no conocemos paralelos españoles y nos vemos forzados a buscarle semejanzas y origen más lejano. El conjunto hace pensar en una agrupación



de dos elementos de distinta procedencia, la técnica cordonada o de botones aplicados, uniforme en la península y por tanto producto indígena en el poblado de Arguedas, y los perfiles de los vasos, en parte semejantes a los del estrato inferior de Azaila, pero más exóticos por esa tendencia cilíndrica del cuello y debidos probablemente a elementos extranjeros.

En el mapa del Hallstatt español, sin duda por falta de exploración, está casi desierto el territorio navarro y poco pobladas las provincias limítrofes. Quizá en Echauri, junto a Pamplona, las ruinas del pequeño cerro de Leguín, donde afloran tuestos de barro tosco cordonado y otros decorados con incisiones a la pun-

ta roma mezclados con pequeña cantidad de cerámica roja torneada, señalen un tardío poblado de la 1.<sup>a</sup> Edad del Hierro, pero es prematuro afirmarlo sin exploración más detenida y las armas posthallstáticas del Museo de la Cámara de Comptos, ingresadas en el siglo pasado sin noticia concreta del hallazgo (9) no dan seguridad cronológica a esas pequeñas ruinas y tampoco a las menos expresivas de Leguin Chiqui.

Ya en un radio limítrofe mayor sólo conocemos los tiestos de la caverna de Santimamiñe (Vizcaya), los magníficos vasos que en 1935 hallamos en el Redal (10), los de la Cueva Lóbrega de Torrecilla de Cameros y de la Miel en Pradillo, de la Viña y el Tejón en Ortigosa y San Bartolomé en Nestares, todos ellos en la provincia de Logroño (11); los de la cueva de la Aceña y del cerro del Yecla próximos a Silos y los hallados en las de Atapuerca, San García, en Ciruelos de Cervera, en Poza de la Sal y el poblado del Milagro, en la provincia de Burgos (12); la muy definida «cultura de los castros» y los vasos de algunas necrópolis en la provincia de Soria (13); y al E., en Aragón, el conocido poblado de Las Valletas de Sena (Huesca), y el tan reproducido vaso de Estiche y mucho más al S. un fragmento de cerámica excisa en Calatayud (14).

Estos yacimientos de la 1.<sup>a</sup> Edad del Hierro del centro Norte de España son de distintas fechas y al parecer de diferentes grupos que el de Arguedas. De un lado, la técnica excisa del Redal, Silos, primera capa de Numancia, Gormaz, etc. con vasos carenados y en el primero y el Molino de Numancia con frecuente decoración incisa a la punta roma, parecen corresponder a momento más antiguo; de otro, los hallazgos de las cuevas quedan también distanciados del de Arguedas y son posiblemente ante-

(9) De estas armas no queda otra noticia de hallazgo que dos etiquetas unidas a ellas en que una decía: "Armas romanas halladas en Echauri al hacer la carretera de Pamplona", y otra "Restos de armas halladas en el fuerte de Echauri".

(10) B. TARACENA. La antigua población de la Rioja. Archivo Esp. de Arqueología, 1941.

(11) ISMAEL DEL PAN. La Edad de la Cueva Lóbrega y de las de Peña Miel de la Sierra de Cameros". Actas y Memorias de la Soc. Esp. de Ant. Etn. y Preh. 1923, donde también se cita la bibliografía anterior.

(12) MARTINEZ SANTA OLALLA. Prehistoria burgalesa. Bull. de l'Asso. Catalana de Antr. y Pr. h. Tomos III y IV.—Id., id. "Cerámica incisa y cerámica de la cultura del vaso campaniforme". Anuario de Preh. Madrileña. Tomo I, 1930. P. SATURIO GONZALEZ. Hallazgos arqueológicos en el Alto del Yecla. Atlantis, 1936-40.

(13) B. TARACENA. Carta arqueológica de España. Soria". Madrid, 1942, donde se resumen los hallazgos y se reseña la bibliografía.

(14) ALMAGRO, M. La cerámica excisa de la 1.<sup>a</sup> Edad del Hierro en la Península Ibérica". Ampurias, 1939.

riores; y por último, la cerámica de los castros sorianos, aunque semejante a ésta en la pobreza ornamental, tiene distinto dispositivo en los asideros y corresponde a otros perfiles y la capa inferior de Numancia, con incisiones en espiguilla, líneas de huellas unguiculares en el tramo superior de la superficie del vaso, incisiones triangulares, dientes de lobo, zonas de puntos y algún caso de excisión, forma un rico complejo decorativo originado en el Bronce final, pero datable al comienzo del Hierro, con idéntica suma de elementos al que vemos en Scengen (Suiza) (15) y absolutamente dispar a lo de Arguedas.

Solo es uniforme la técnica cordonada con impresiones digitales y la incisión del borde con punzón de madera o asta. De esa supervivencia indígena del Neo-eneolítico se podría desconfiar no sólo por la distancia cronológica sino porque los cordones de ésta van en movidas líneas de círculos, guirnaldas, etc., mientras en la 1.<sup>a</sup> Edad del Hierro forman decoración más rectilínea, con tramos paralelos, pero su continuidad se afianza por la supervivencia de todo ese complejo temático de cordones, huellas, impresiones en los bordes y botones de aplicación.

Más estrecha relación que con las cerámicas castellana y norte aragonesa guarda ésta de Arguedas con la del Bajo Aragón, singularmente la capa inferior de Azaila (16), los hallazgos de Mazaleón (Escodines Bajas y Altas) y las cistas de San Cristóbal de Calaceite (17), pero Arguedas dá muestras de mayor arcaísmo en sus frecuentes vasitos de cuello cilíndrico que, más evolucionados, vemos después en el Vilaró de Olius (18), poblado cuya organización radial concuerda con los castros célticos sorianos más modernos.

El origen de los perfiles de estas piezas, grafitadas casi todas como lo derivado de la cultura de Lausitz, es muy remoto. Los vasos de cuello cilíndrico nacen en la Edad del Bronce IV germánica y les vemos también en zona palafítica de la Suiza occidental (19) perteneciente al período B de aquella cultura (900-800 antes de J. C.) aunque los nuestros carezcan de sus ca-

(15) Jahresbericht der Schweiz Gesellschaf. für Urgeschichte, de 1923, 1924, pg. 61 y láminas II III y IV.

(16) JUAN CABRE. Arch. Esp. de Arq. n.º 50, 1943.

(17) BOSCH GIMPERA. Les Investigacions de la cultura ibérica al Baix Aragó. Anuari del Institut d'Estudis Catalans. 1915-20, págs. 641-671.

(18) SERRA VILARO. Memoriade la J. S. de Ex. y Ant. núm. 35.

(19) DECHELETTE. Manual d'Arch. Preh. T. II, fig. 154.

racterísticas acanaladuras y tengan el cuello más reducido, pero los vasos carenados y de cuello doblado hacia afuera se encuentran en el Bajo Aragón, zona del Ebro a que nuestro yacimiento pertenece, y tienen interesante paralelo con Azaila en cuya necrópolis el señor Cabré les halló en la misma sepultura que otro de igual perfil hecho a torno, y por último, los platos y tazas de Arguedas los vemos también en el Hallstatt I (20) continental y en toda la España de Hallstatt. Este conjunto de formas centro-europeas, yuxtapuesto a los vasos cordoados, podríamos en principio clasificarlo por los tipos más modernos como de la segunda mitad del período de Hallstatt, algo anterior al período D a que Azaila pertenece y más o menos hacia el año 600 a. de J. C. y ellos datarían a los de cuello cilíndrico como una degeneración de los tipos más viejos lausacianos.

Su parentesco con los del Bajo Aragón y su disparidad con los de otras provincias limítrofes permiten plantear en hipótesis varios grupos que marcarían distintas procedencias y fechas: uno catalán que alcanza hasta el Alto Aragón caracterizado por las decoraciones en relieve o incisas de meandros y acanaladuras hechas a punta roma, que penetraría en España por el Pirineo occidental y que Bosch Gimpera clasifica como de la primera invasión celta; otro, poco distante en el tiempo, caracterizado por la decoración excisa, que penetrando por el Pirineo occidental y Pancorbo se desparramaría a Silos, occidente de Soria, Las Cogotas (Avila), Madrid, etc., mientras que por la llanura navarra bajaría al Redal, Numancia, Calatayud, Fabara, Maza-león, Calaceite, etc. siendo estos últimos la mezcla de las dos en fecha más tardía; el que representa la capa inferior de Numancia, el vaso de Estiche y otros contados hallazgos que todavía no marcan área ni acusan camino; y éste aislado de Arguedas, igualmente sencillo pero distinto al de los castros sorianos, que parece indicar o una permanencia en el terreno de formas antiguas, que evolucionadas van perdiendo el decorado, o una emigración poco anterior de gentes derivadas de Lausitz que atraviesan la Céltica del occidente europeo transportando mezclados con ellas elementos no célticos.

¿De dónde venían las gentes que ocuparon por primera vez

(20) BEHRENS. Die Hallstatzeit im Mittelrhein insbesondere in Rheinhessen. Festchrift zur Feier des fünfundsiebzigjährigen Bestehens des römisch —germanischen central—Museums zu Mainz, 1927, páginas 125-155. ;

el cabezo del Castejón? Antes de intentar contestar a esta pregunta es preciso dirigir una mirada a la situación arqueológica y étnica de la Europa Central, hacia donde hemos visto apuntar los perfiles de la cerámica en él encontrada.

En la Edad del Bronce y en la transición de la misma a la del Hierro (período III a V de Montelius: 1.200 a 700 a. de J. C.) se desenvuelve entre el Oder y el Elba, al Norte de Bohemia, una brillante cultura que es designada, por el nombre antiguo de aquella región, como cultura de Lusacia (Lausitz en alemán). Esta cultura, caracterizada ante todo por su cerámica, tiene su apogeo en el período III de Montelius (1.200-1.000 a. de J. C.) y parece haber nacido, sin que se vean claras las condiciones en que este hecho se produjo, como un desenvolvimiento, localizado en un espacio restringido del área anterior, de la anterior cultura de Aunjetitz (21), limitado ahora a Lusacia, Silesia y Marca de Brandenburgo. Tampoco hay acuerdo entre los prehistoriadores en cuanto al grupo étnico a que puede ser atribuida, pues mientras los checos y polacos la han considerado generalmente como eslava, Carl Schuchhardt ha defendido su origen germánico, en tanto que hoy, bajo el influjo de Kossinna, es generalmente considerada como ilírica (22), aunque el arqueólogo escocés Childe, que ha estudiado en un libro especial la prehistoria del Danubio, se inclina a creerla tracia. La teoría del origen ilírico ha sido reforzada recientemente, como veremos, desde el campo de la arqueología y de la lingüística.

Las gentes de la cultura de Lusacia enterraban a sus muertos incinerándolos y guardando sus cenizas en urnas de barro en grandes cementerios cerrados, contrastando así con otro grupo cultural contemporáneo, que domina en el Occidente de Alemania y que inhumaba los cadáveres, sin quemarlos, en túmulos. Estas son las dos culturas que los prehistoriadores germánicos

(21) La cultura de Aunjetitz que toma su nombre de la localidad de Unetice (circunscripción Smichow, en Bohemia) se extendió por la Silesia Meridional, Brandenburgo, Sajonia, Turingia, Baja Baviera, Bohemia, Moravia y Baja Austria. En su formación parece haber intervenido el grupo del vaso campaniforme procedente de España. La influencia de la cultura de Aunjetitz en la formación de la de Lusacia ha sido demostrada por Richthofen (1926), siervo Seger (en el Diccionario de Ebert) quien propone la idea de un desenvolvimiento localizado en la misma; sin embargo Bohm, que ha dedicado recientemente una monografía a la Edad del Bronce en la Marca de Brandenburgo, cree que el influjo de Aunjetitz, aunque existente, no ha sido el decisivo en el desarrollo de la cultura lusácica en dicha región.

(22) Véase por ejemplo Kühn: **Die vorgeschichtliche Kunst von Deutschland**, Berlín. 1935, p. 100. Wolfgang La Baume: **Urgeschichte der Ostgermanen**, Danzing, 1934, p. 6, quien establece la ecuación: Illyrier = Lausitzer Kultur = " Urnenfelder-Kultur").



llaman de los «Urnenfelder» y de los «Hügelgräber» y que nosotros traducimos de los «campos de urnas» y de los «túmulos». La primera de ellas, cuyo núcleo originario hay tendencia a suponerlo en la cultura lusácica, ha adquirido últimamente una importancia muy grande al comprobarse la gran extensión territorial que alcanzan sus manifestaciones, lo que hace pensar en un gran movimiento de pueblos anterior a los conocidos históricamente en el territorio europeo.

Kraft, que estudió en 1926 los campos de urnas de la Alemania meridional, los definía como «un gran grupo cultural que aparece en el momento de transición de la Edad del Bronce a la del Hierro y que se distingue con gran claridad de las culturas antecedentes y subsiguientes. Son sus características principales la incineración en cementerios llanos, la cerámica de perfiles acusados y de coloración oscura o negra, delicados bronce y establecimientos o poblados en valles o alturas fortificadas» (23). Hacía notar que campos de urnas de esta clase se encontraban también en la Alta Austria y en el Tirol, en la Suiza del Norte y en la Francia del Este y en el Hesse superior.

Entretanto, en España se habían descubierto en Cataluña cementerios de campos de urnas, que Bosch Gimpera atribuyó a una primera invasión céltica hacia el 900, a la que se deberían los nombres célticos comprobados en la toponimia catalana (Verdú, Salardú, etc.), los cuales no podían, a su juicio, atribuirse a ningún movimiento posterior céltico, que no había dejado huellas en Cataluña (24). Kraft, que entró en relación con Bosch con ocasión de un viaje de estudio dedicado a los campos de urnas occidentales, aceptó su teoría en cuanto al origen céltico de los campos de urnas catalanes y apoyándose en ella formuló una nueva teoría sobre el origen de los celtas (25), que creía encontrar en la que llama «cultura del Ródano» a la que ya en la temprana Edad del Bronce (cultura del Valais, Walliser Kultur) calificaba de céltica. Estos «Urkelten» serían una mezcla de elementos indoeuropeos (uneticios, tal vez gentes de la cultura de

(23) G. Kraft, *Beitrag zur Kenntniss der Urnenfelder* in Süddeutschland (Hallstatt A) en *Bonner Jahrbücher* 131 (1926) p. 157.

(24) La última exposición de los puntos de vista de Bosch que conocemos puede verse en su estudio: *Los celtas de la cultura de las Urnas en España*, publicado en el *Anuario del Cuerpo facultativo de Archiveros Bibliotecarios y Arqueólogos* de 1935, p. 141 y reproducido, sin modificaciones en su texto, en *Prehistoire*, VIII, 1941, p. 121-154.

(25) La dió a conocer en el homenaje a Kossinna: *Bosch-Kraft: Zur Keltenfrage*. Mannus. VI Ergänzungsband. Festgabe für G. Kossinna. Leipzig, 1928, pgs. 258-270.

Rossen y de la «Schurkeramik») y europeo-occidentales (preibéricos), con los que se mezclarían elementos ilirios de los campos de urnas que al final de la Edad del Bronce y comienzos de la del Hierro llegan de la Europa oriental. Como hipótesis proponía la siguiente distribución étnica de los campos de urnas: un grupo alpino oriental=ilirio; otro alpino meridional=itálico, y el alpino occidental=céltico.

La teoría de Kraft no fue aceptada íntegramente ni por su propio colaborador, ya que Bosch no creía los campos de urnas catalanes procedentes de Suiza, sino de la región renana (26) y el inglés de Navarro (27) formuló la hipótesis de un origen ligur para la cultura del Ródano. Kimmig, que trató de la cultura de los campos de urnas renana, creía que el grupo de éstos renano-suizo podría representar una mezcla de elementos celtas e ilirios, pero que el pueblo celta no se hacía tangible como tal, hasta el período de La Tène (28); y en otro estudio posterior (29) evita designar como iliria a la cultura de los campos de urnas.

Pero en la cuestión ilírica habían de intervenir también los lingüistas apoyándose en los resultados de la Arqueología prehistórica; así, en 1926, W. Kaspers (30) atribuía al pueblo de los «Urnenfelder» los nombres de río alemanes en —**apa**, por encontrar que su distribución correspondía a la del territorio de establecimiento de las gentes de los campos de urnas, a quienes consideraba como pregermánicas y precélticas, que podían representar un mestizaje retio-ilírico sobre un fondo de la cultura danubiana de la cerámica de bandas.

La argumentación de Kaspers no era válida porque, para establecer sus correspondencias, como habría de hacer notar Zeiss en la misma revista (31), había seguido los mapas y estudios de Schumacher, limitados a la región del Rhin, y la exten-

(26) Un compromiso entre las dos opiniones se encuentra en Kraft: **Urnenfelder** in Westeuropa: La Francia oriental y las regiones vecinas representan un centro cultural que, por lo menos en la Edad del Bronce tardía, debe ser atribuido a los celtas, así como la de los campos de urnas renano-suizos. Las gentes de estos se habrían puesto en movimiento ante el empuje provocado por la de los campos de urnas alpino-orientales (ilirios). *Bonner Jahrbücher* 134 (1929) pg. 53.

(27) Were the peoples of the Rhone culture celts? en los Proceedings del primer Congreso Internacional de Prehistoria de Londres en 1932. Oxford, 1934. Citado por Bosch; Los celtas de la cultura de las Urnas... p. 6, nota 8.

(28) W. Kimmig, Die rheinische Urnenfelderkultur und ihre Bedeutung für die Keltenfrage, en *Els. Lothr Jahrbücher*. 15 (1936), p. 35-53.

(29) Die urnenfelder am Rhein en *Rheinische Vorzeit im Wort und Bild* **Ig.** 1 (1938) p. 37-55, citado por Aubin: Vom Raum und Grenzen des deutschen Volkes, 1938, p. 202.

(30) *Zeitschrift für Ortsnamen Forschung* II (1926) p. 74-76.

(31) III (1927) p. 63.

sión de la cultura de los campos de urnas era mucho más grande de lo que él suponía; pero otro lingüista, el celtista vienés Pokorny, y un arqueólogo, Pittioni, habían de volver a plantear la cuestión sobre bases muy amplias.

El trabajo de Pokorny: **Zur Urgeschichte der Kelten und Illyrier**, publicado en la *Zeitschrift für celtische Philologie* (32), por él dirigida, pretende demostrar una extensión antes no sospechada de los ilirios, los cuales habrían dejado rastros de su lengua, especialmente en los topónimos, en muy distintas regiones de Europa. Esta **diaspora** ilírica, aceptada por arqueólogos como Schultz (33), la basa Pokorny en datos lingüísticos, pero que él trata de conjugar con los resultados de la investigación arqueológica, y en la identificación de la cultura de los campos de urnas como propia del pueblo ilírico y derivada de la de Lusacia en cuyo territorio abundan los nombres de río y de lugar ilíricos (34); y, partiendo de esta premisa, considera ilíricos aquellos restos lingüísticos que aparecen en territorio céltico ;. que, siendo claramente indoeuropeos, no se dejan explicar por el céltico, volviendo en cambio a encontrarse en el antiguo territorio ilírico desde la Panonia occidental, a través del territorio de los Sudetes, Hungría y los Balcanes, hasta Albania, o en territorios de posterior colonización ilírica: en Austria, Suiza, Italia y Grecia, así como en el territorio lingüístico tracio, emparentado con el ilírico. Además, dadas las estrechas relaciones entre el ilírico y el balto-eslavo, considera la coincidencia del céltico con este último, como testimonio de un origen ilírico (35). No podemos, ni seríamos competentes para ello, analizar aquí multitud de nombres ilíricos que descubre Pokorny en todas las regiones de Europa, aunque sí debemos hacer notar que sus afirmaciones no han encontrado un asentimiento general (36). En España, donde supone tres invasiones sucesivas de gentes indoeuropeas, debidas respectivamente a los ilirios, a los celtas goidólicos (Q-celtas o preirlandeses) y a los celtas británicos (P-cel-

(32) Tomo 20 (1935) p. 315-352 y 489-522; t. 21 (1938) p. 148-154. Se publicó también en tomo separado, con el estudio de Pittioni como apéndice, Halle Niemeyer, 1938.

(33) *Indegermanen* und Germanen. Leipzig y Berlín. 2. 1938, p. 43.

(34) *Z. f. celt. Phil.* 20 (1935), p. 350.

(35) *Ibidem* t. 21 (1938) p. 158-159.

(36) Véanse como ejemplos la escéptica reseñación de Lejeune en la *Revue des études anciennes*. t. 41 (1939) p. 93-95 y la irritada diatriba de Schnetz en la *Zeitschrift für Namen-Forschung*, t. 18 (1942) p. 101-143 No conocemos la posición adoptada por Sterner-Rainer, *Illyrische Ortsnamen und illyrische Siedlung*. Leipzig, Harrassowitz, 1940, por no haber podido consultar la obra.

tas), presenta numerosos restos lingüísticos atribuibles a los ilirios. De esta procedencia serían la palabra **paramus**, y el nombre de la tribu de los **Pelendones** y de los **Belendi** aquitanos, para los que supone una forma más antigua **Plend**, interpretando su nombre «los orgullosos»; también muchos nombres de río de tradición antigua y reciente, bastantes nombres de lugares y algunos de personas de tradición antigua (37).

En la misma revista de Pokorny (38) y como confirmación arqueológica de sus conclusiones, aunque las contradiga en puntos de detalle, apareció el estudio de Richard Pittioni: **Die Urnenfelderkultur und ihre Bedeutung für die europäische Geschichte** (39). En él supone que, entre 2.200 (1.300) y 400 (800) a. de J. C. un gran movimiento de pueblos de la cultura de los campos de urnas modifica profundamente la estructura étnica de Europa. Las olas emigratorias, partiendo de un centro que provisionalmente habría que suponer en el territorio de la cultura lusácica, llegan a la Alemania del Norte y a la Escandinavia meridional, a la Alemania oriental, a Hungría y la península de los Balcanes, a Italia, a Francia y a España, a Holanda e Inglaterra. Antes que celtas, romanos y germanos, los ilirios, al par que ellos, habrían impreso su cuño a la historia de Europa, facilitándole el conocimiento del hierro (40). Este movimiento habría provocado la emigración dórica al poner en movimiento a los pueblos tracofrigios y griegos, y en Italia, actuando sobre un fondo preindoeuropeo y no indoeuropeo, originaría la formación del pueblo itálico. Con relación a España llega Pittioni a conclusiones distintas de las de Pokorny y que sin duda no encontrarán fácil aceptación. Para él la primera emigración indoeuropea que viene desde Francia y tiene su mejor representación en la necrópolis de Tarrasa, (Can Missert), cuyos tipos señalan claras relaciones centroeuropeas, sería protoilírica; la segunda, halls-tática tardía, que llega hasta Portugal después de extenderse por toda España y parece haberse producido en los siglos VI al V a. de J. C., sería más probablemente ilírica que céltica, ya que un pueblo celta con una cultura propia no toma cuerpo, según él, hasta fines del siglo VI o principios del V. La oleada céltica,

(37) Z. f. celt. Phil. 21 (1938) p. 148-154.

(38) T. 21. (1938) p. 167-204.

(39) Este título aparece ligeramente modificado en la tirada aparte sustituyendo la palabra **Geschichte** por **Kulturentwicklung**.

(40) Según Pokorny, el nombre céltico del hierro, **Isarnon**, sería un préstamo ilirio.

que llevó a las gentes de este pueblo por primera vez a España y a Inglaterra, no se habría producido hasta el siglo IV, siendo portadora de tipos de La Tène B, procedentes de la cultura de la Francia del Nordeste, cuyos ejemplos cree encontrar en los hallazgos de Las Cogotas.

No podemos analizar aquí ni aquilatar en su valor estas teorías revolucionarias; si, solamente, destacar que coinciden en afirmar la existencia de una invasión de gentes de lengua indoeuropea, que habrían penetrado en España antes que los celtas y que serían ilirios en vez de ligures como creían D'Arbois de Jubainville y C. Jullian. También en España Gómez Moreno (41) hablaba de una «primera invasión europea... de la época del Bronce, que nos llegaría desde Francia por el Laburdán... gran movimiento, el primero quizá, de pueblos indoeuropeos hacia nuestros confines» y que creía que sólo podía «referirse históricamente a la raza ligur» (42). Esta teoría ligurista que supone la extensión de dicho pueblo por el Occidente de Europa, encuentra apoyo, en lo referente a España, en Avieno (43) y en textos de Tucídides y Eratóstenes (44) y aunque ha venido siendo combatido fuertemente en estos últimos tiempos (45), R. Menéndez Pidal cree poder resucitarla modificada y atenuada ya que sus ligures «no poblaron toda España, no constituyeron ningún vasto imperio, no dieron unidad racial ni cultural al Occidente europeo», pero en cambio este pueblo, que se conocería comunmente con el nombre de **ambrones**, y «que llegó no sólo al Noroeste de Italia y costa Mediterránea de Galia hasta los Pirineos, sino que extendió otras tribus por el valle del Ródano, por todo el Noroeste de España y por algunos puntos del Sur, en territorio turdetano» no es el de «los ligures en sentido estricto, establecidos en la Liguria y tierras vecinas» y algunos de los topónimos no se encuentran en la «Liguria histórica y sí en terri-

(41) Sobre los iberos y su lengua, en Homenaje a Menéndez Pidal, t. III, Madrid, 1925, p. 478.

(42) Véase también La Novela de España, del mismo autor, Madrid 1928, en cuyos "reversos eruditos" se ve que relaciona esta invasión con la arqueología del final de la Edad del Bronce (armas de Huelva, etc.) (p. 397-398) y también con los tipos, que supone de los comienzos del Hallstatt, de las espadas gallego-asturianas de antenas con empuñadura de bronce (p. 399). En cambio atribuye a los celtas, (dentro del periodo de La Tène las necrópolis de campos de urnas catalanas (p. 401).

(43) Avieno, Ora maritima (ed. Schulten) v. 132-135 y (196?).

(44) Textos citados por Menéndez Pidal en el trabajo d'spués aludido.

(45) A. BERTHELOT. Les Ligures, en Rev. Archéologique, 1932, 2, p. 72-120 y 245-303. P. Fouche. Les ligures en Espagne et en Roussillon? en Rev. Hispanique 81, 1933. No hemos podido consultar el artículo de M. de Navarro, antes aludido (rota 3, pág. 3) ni tampoco el de Karl Klassen, *Ligurer in der Urbevölkerung Deutschland* en Woter und Sachen. N. F. 1 (1938).

torio ilírico, sea como propio de los ilirios, sea como perteneciente al substrato mediterráneo que precedió a los ilirios» (46).

Vemos que estos estudios orientados en diferentes rumbos, llevan a resultados análogos; los distintos caminos seguidos nos pueden indicar que los fenómenos que suministran los datos para la argumentación de cada autor son bastante abundantes para permitir diferentes criterios de selección. Por otra parte, si comparamos los resultados de Pokorny con aquellos a que llega Menéndez Pidal, encontramos una coincidencia esencial; como también en el terreno arqueológico, si no limitamos la visión a los campos de urnas catalanes y nos fijamos en otros fenómenos, por ejemplo como ya hizo Gómez Moreno y recientemente Almagro Basch (47), en las espadas de bronce con empuñadura de alma calada que acompañan a los campos de urnas europeos. Este poblado de Arguedas, dentro de la parvedad de los datos que han podido recogerse en una exploración de seis días, representa posiblemente otro hito en el camino peninsular de esa gente anterior a los celtas: ilirios de Pokorny y Pittioni o ambrones-ligures de Menéndez Pidal, gentes ya desligadas de la gran masa del pueblo emigrante, mezcladas probablemente con elementos indígenas (48) y para cuyo ajuar el principal paralelo convincente y que indicará sin duda continuidad cultural, aunque con tipos que parecen más evolucionados, es el que suministra la ciudad y necrópolis ante-ibéricas de Azaila, donde el hallazgo de una vasija a torno en la misma sepultura en que se encontraron vasijas del tipo de Arguedas, arguye una fecha relativamente reciente.

Ahora bien ¿cuándo ha penetrado en España esta cultura de la que el poblado de Arguedas sería una representación tardía?

(46) EL estudio de Menéndez Pidal Sobre el substrato mediterráneo occidental. Memoria presentada al Congreso de Toponimia de 1938, apareció primero en la Zeitschrift für romanische Philologie, t. 59 (1938) p. 190-206 y posteriormente en Ampurias, Rev. de Arqueología... t. 2 (1940) p. 3-16. Menéndez Pidal, que cita a Pokorny en esta 2.<sup>a</sup> edición, parece sólo haberlo utilizado parcialmente puesto que no alude más que al Excurs zur Ligerfrage, que es como una digresión en dicho estudio y no a la tesis fundamental ni a los restos de la lengua ilírica que Pokorny cree encontrar en España. Claro está que esta parte del estudio de Pokorny apareció después de escrito el de Menéndez Pidal (nota 5 de la p. 10 tu Ampurias)

(47) El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa. Ampurias, t. 2 (1940) p. 85-143) y Bronces de la Meseta en el Museo Arqueológico de Barcelona (Bol. del Sem. de Est. de Arte y Arqueología de Valladolid, t. VI 1939-1940) p. 47-56).

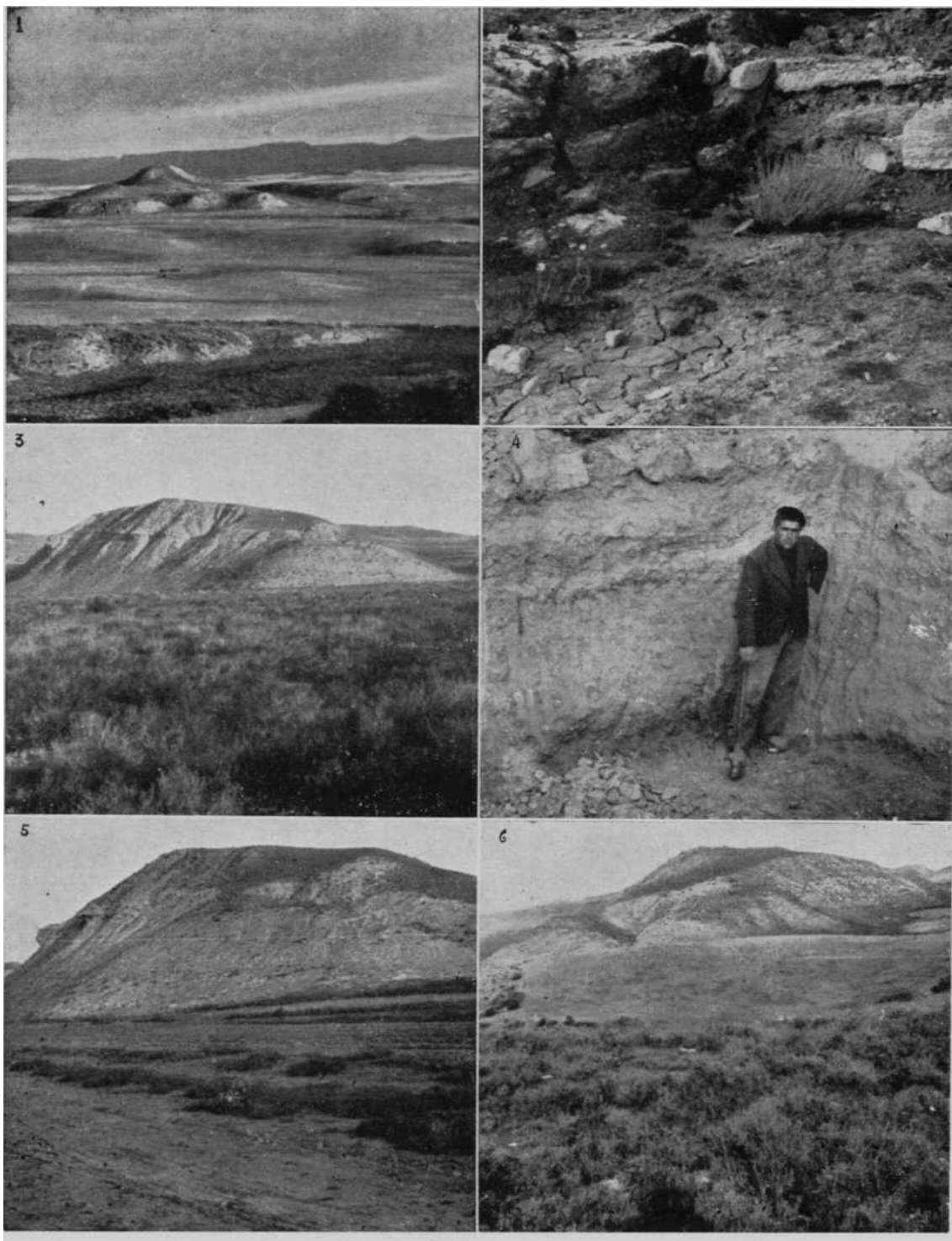
(48) En el caso de que aceptemos con Bosch Gimpera que la cerámica tosca adornada con cintas de barro con impresiones digitales (la que aquí suele llamarse cordonada, que no tiene nada que ver con la Schnurkeramik), proviene de una degeneración de la anterior cultura indígena de las cuevas; pues no hay que olvidar que la misma técnica se encuentra en la cerámica del Hallstatt europeo, y antes en la cultura palafítica suiza.

---

¿Fue en la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro a donde parece que hay que llevar sin duda los fenómenos concomitantes de los cementerios catalanes de campos de urnas y las espadas de bronce de alma calada, que hasta ahora sirvieron de base arqueológica a la afirmación de esta primera penetración indoeuropea en el extremo occidente de Europa? ¿O se trata de un caso semejante aunque distinto al que Hubert cita en Aquitania, donde al final del período hallstático hay cementerios célticos de túmulos con característica de la Edad del Bronce, que cree producidos por gentes últimamente venidas de Baviera y Bohemia, sin hacer etapas en el camino, grupos nómadas o seminómadas, que se abren paso entre los celtas, sin dejar recuerdo histórico y sólo son «prolongaciones del mundo céltico, hechas por elementos de la retaguardia»? Por ahora, desgraciadamente, ni el mapa arqueológico de estas comarcas, ni los hallazgos del poblado de Arguedas dan elementos de juicio suficientes para contestar a estas preguntas.

**Blas Taracena.**

**Luis Vázquez de Parga.**



Vistas generales del cerro del Castejón en Arguedas  
y cortes del terreno en las excavaciones

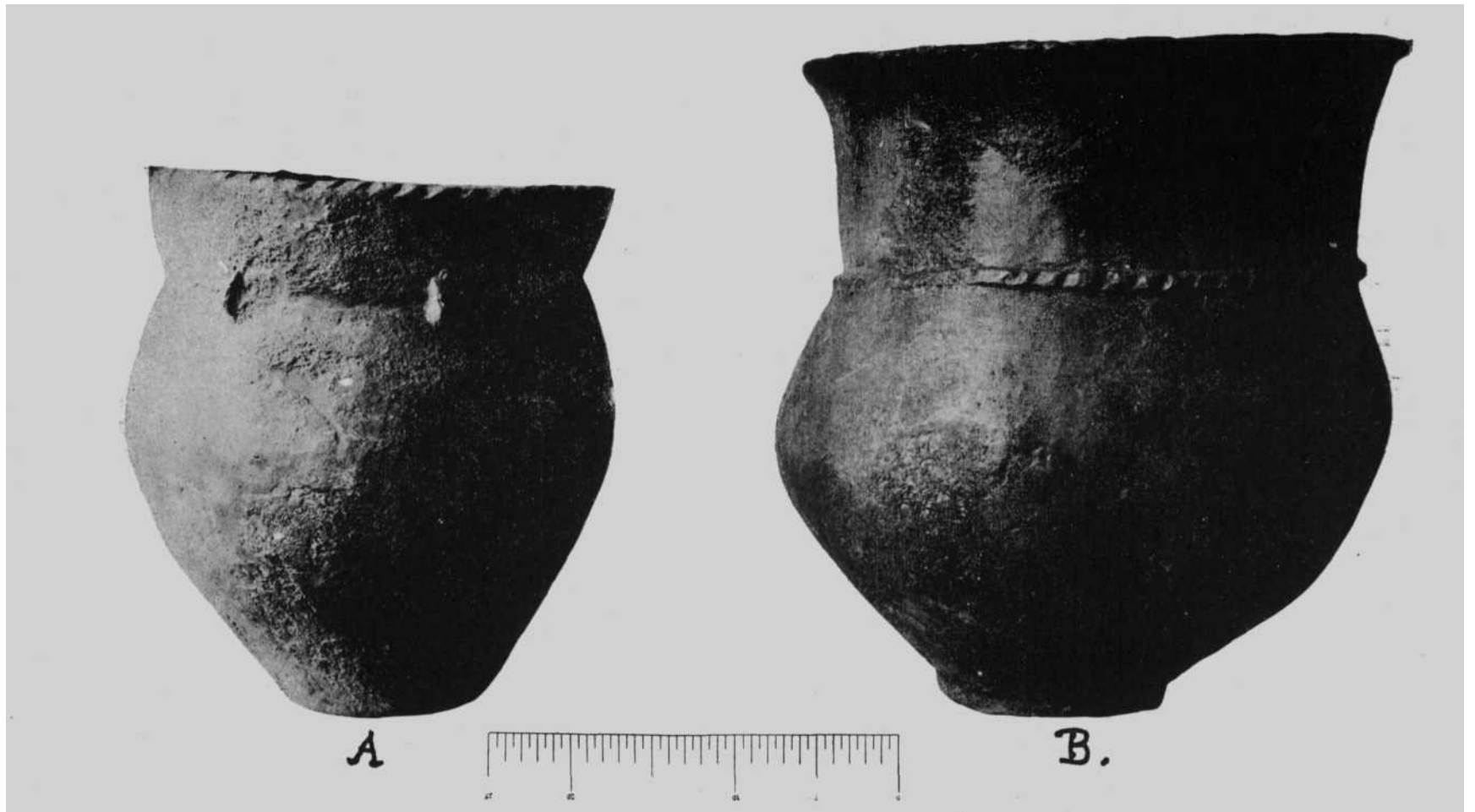




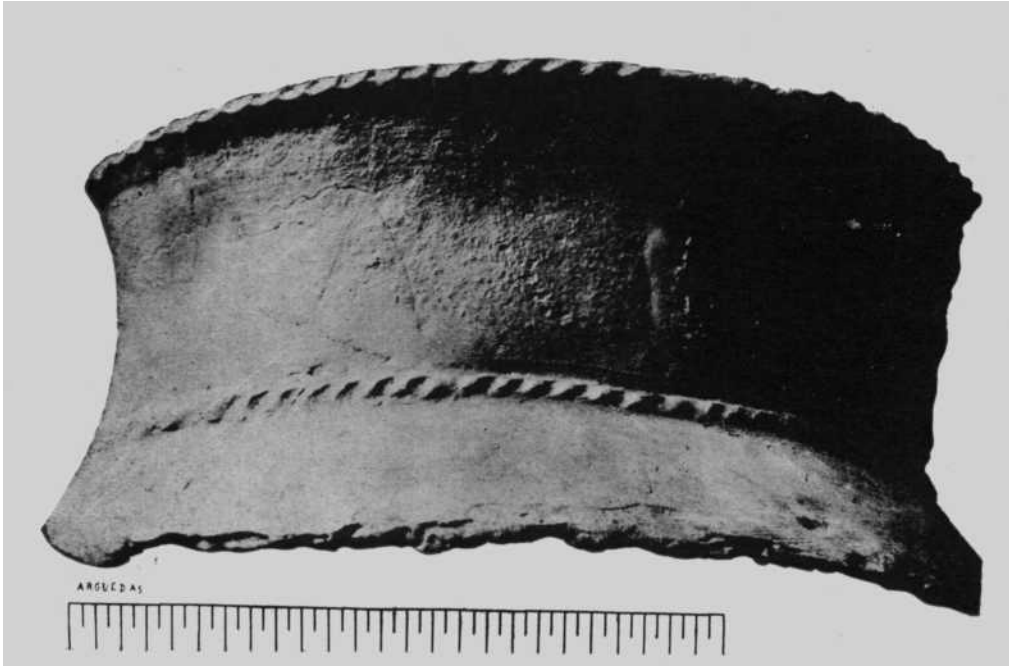
Objetos romanos hallados en el 1.<sup>er</sup> estrato del poblado



Vasos de barro negro hallados en el 3<sup>er</sup> estrato



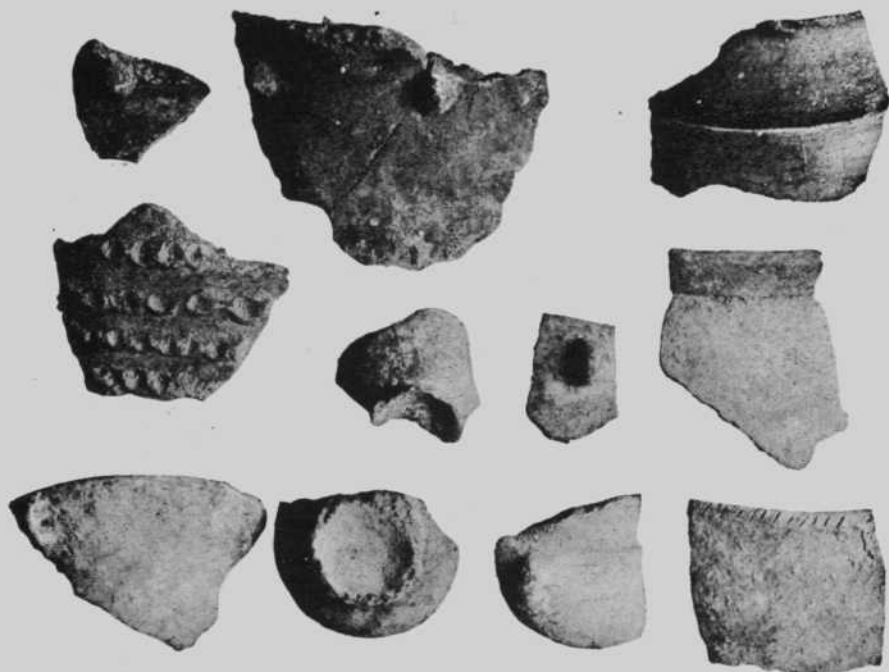
A. Vaso de barro moreno hallado en el 2.º estrato.—B. Vaso de barro moreno y decoración cordonada hallado en el 3.º estrato



**Boca de un gran vaso de barro moreno y decoración cordonada  
hallado en el 3-er estrato**



Vasos de barro negro hallados en el 3.<sup>er</sup> estrato. (Reconstrucción para estudio de formas)



Fragmentos cerámicos, afiladeras y bolas de piedra, instrumentos de hueso y asta y extremo de un mazo de barro (A) hallados en el tercer estrato. (B) Trozo del pavimento terrizo de la habitación del 2.º estrato